



CENTRO DE INVESTIGACIONES  
Y ESTUDIOS DE GÉNERO



# LLAVES

LA ESCRITURA COMO DEFENSA PERSONAL

*LLAVES: LA ESCRITURA COMO DEFENSA PERSONAL, FUE ELABORADO GRACIAS AL APOYO DE:*

**MARISA BELAUSTEGUIGOITIA RIUS**

Directora, CIEG-UNAM

**PATRICIA PIÑONES VÁZQUEZ**

Secretaria de Proyectos Estratégicos, CIEG-UNAM

**TANIA GISEL TOVAR CERVANTES**

Jefa del Departamento de Prácticas Artísticas y Autoedición, CIEG-UNAM

**JULIETA BELMONT CORDERO**

Diseño e ilustración

**TANIA SANTIAGO ESPINOZA**

Asistente operativa

**MITZI VALERIA ROMERO MORALES**

Asistente operativa

# ÍNDICE

*Llaves, la escritura como defensa personal*  
Marisa Belausteguigoitia  
4

*La escritura como acción pedagógica*  
Patricia Piñones  
6

## MANIFIESTO ¡AGUAFIESTAS!

*Aguafiestas*  
Ángeles Castañeda  
9

*Hay mujeres en mi casa*  
Amanda Martínez  
10

*Elegía de una sombra*  
Marielle Corral  
12

*Muñeca*  
María Fernanda Herrera  
14

*Caminar sin miedo*  
Maricruz Linares  
16

*Una vida feminista*  
Trébol  
18

## MANIFIESTO ¡POR MIS CALZONES!

*Señor, me has mirado a los ojos*  
Viviana Plaza  
21

*Un chismecito por mis calzones*  
Jesica García  
23

*La secuestradora de mi cuerpo*  
LIXI JRP  
26

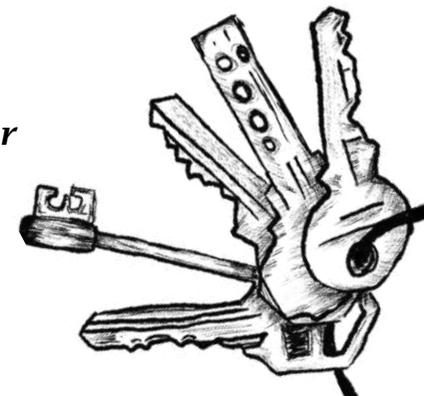
*La licra ya no es parte de mi cuerpo*  
Diana Castrejón  
28

*Calzón sobre leotardo*  
Melanie Ramírez  
30

*Jesús usa licras rosas*  
Nataly Olascoaga  
32

*¿A quién le importan mis calzones?*  
Sthefany Canales  
34

*Calzón de menstruar*  
Yasmín Andrade  
36



# Llaves: la escritura como defensa personal

En los últimos años, el activismo feminista ha estado más presente que nunca en los espacios públicos, calles y universidades. Las distintas formas de protesta de las jóvenes -estudiantes/activistas- enmarcan estrategias de defensa colectiva y autodefensa personal, que llevan a cabo las mujeres para salvaguardar su integridad, tomar sus decisiones, cuidar su cuerpo, agenciarse de su tiempo, sus espacios y su libertad. ¿Qué habilidades corporales, pero también creativas, significativas y pedagógicas, deben desarrollar para defenderse?

*Llaves, la escritura como defensa personal*, es una compilación de textos escritos por jóvenes estudiantes, que surge para ensayar diferentes tipos de defensa y acopiar habilidades que permitan a las mujeres *protegerse* y *florecer*. Hay diferentes tipos de *llaves*: las que abren puertas y ventanas, las que son utilizadas para preservar la integridad y tumbar al rival, y las que, a través de la lectura, la escritura y la imaginación, abren caminos a la intimidad de los relatos y saberes propios.

En esta publicación queremos pensar en la lectura y la escritura como *llaves*: formas de defensa personal, es decir, como herramientas y actos pedagógicos de protesta. Para ello incluimos dos manifiestos: el *Manifiesto ¡Aguafiestas!* y el que bautizamos de *Manifiesto ¡Por mis calzones!* ambos intentan sentar un lenguaje y un conjunto de prácticas que inauguren un

estilo y un actuar que defienda- como todo manifiesto- un programa de acción que libere de la vergüenza y del deber de agradar.

El *Manifiesto ¡Por mis calzones!* describe las experiencias de jóvenes ante la censura y el control con respecto a la construcción del pudor como emoción reductora y la particular gestión de la vergüenza, a partir de actos que encubren el cuerpo y lo invisibilizan. El *Manifiesto ¡Aguafiestas!*, intenta contrarrestar la identidad femenina como sinónimo de agrado, silencio y buen proceder. La *aguafiestas*, como señala Sara Ahmed, subraya lo que los demás no ven y no deja pasar la oportunidad de aguzar los oídos y pronunciar aquello que libera y empodera, cueste lo que cueste.

Ambos manifiestos funcionan como *llaves* que afilan la pluma y la lengua y nos ayudan a encontrar esas palabras que queremos expresar y que nos revelan mundos y relaciones nuevas. La lectura de escritoras, pedagogas, activistas y feministas como Gloria Anzaldúa, Cristina Rivera Garza, Sara Ahmed, Silvia Federici, Marta Lamas, Sandra Cisneros, Virginia Woolf, Sara Uribe y Audre Lord, quienes construyen sus argumentos desde el conocido lema feminista de “lo personal es político”, nos ayudan a develar aquello oculto, y a sentir “eso” que no nos animamos a ponerle nombre, para darle lugar en nuestro repertorio de sensaciones. Es a través de la lectura de esas escritoras que apostamos por la posibilidad de la independencia, la creatividad, la libertad y la visión crítica, como estrategias pedagógicas de defensa personal.

En esta compilación de textos, las estudiantes nos enseñan cómo han encontrado en la lectura y la escritura una forma de alzar la voz y así defender sus decisiones, de plasmar sus miedos, y así defender su libertad; hablar

de lo que les avergüenza y así demostrar su valentía; de escribir sobre lo que las opaca y así demostrar su lucidez.

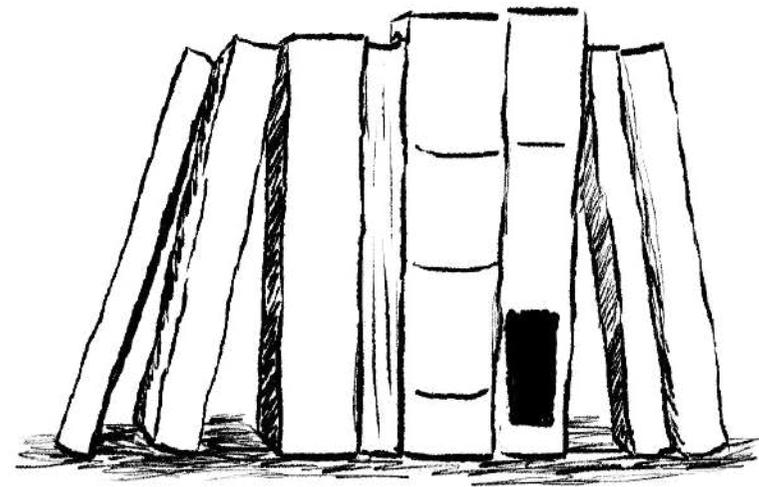
Las estudiantes que escriben en esta publicación cursan la asignatura obligatoria *Género, Violencia y Ética Comunitaria*, una materia que tiene una historia muy especial: historia de lucha, protesta, rabia, esperanza, pero también de mucho trabajo colectivo entre estudiantes, personal académico, funcionarios y autoridades. En mis 40 años en la UNAM no había sido testigo de una experiencia así.

Esta asignatura -como muchas de las que tenemos y que han sido ganadas por las mujeres- surge a partir de la *protesta*. Un grupo de mujeres jóvenes, reconocidas como Mujeres Organizadas de la Facultad de Filosofía y Letras (MOFFYL), tomó la facultad durante cinco meses y diez días, para exigir atención a los casos de violencia de género y garantizar un entorno escolar libre de violencia. Entre las once demandas que conformaban el pliego petitorio se encontraba la incorporación de la perspectiva y los estudios de género en los planes y programas de estudio.

Esta asignatura es una respuesta a sus demandas. Más que representar un *candado* por su carácter obligatorio, quienes la impartimos, hemos trabajado mucho para que se convierta en una *llave*, no solamente para que quienes la cursan se encuentren con el conocimiento histórico y teórico del feminismo, sino para proponer a nuestra comunidad formas de defensa que nos ayuden a restaurar el tejido social universitario, frente al escenario de violencia, movilizaciones, tomas, protestas, confinamientos y desolación en el que vivimos. Esperamos que estos textos contribuyan a que sus lectores encuentren en sus historias de vida,

experiencias y relatos, sus propias *llaves de defensa personal*.

Marisa Belausteguigoitia



# La escritura como acción pedagógica

Miro mi participación como docente de la asignatura de *Género, Violencia y Ética Comunitaria* como una experiencia de imaginación, compromiso, reflexión, discusión, y sobre todo de articulación de pensamiento crítico ante las temáticas a las que nos convoca una Asignatura Transversal como Requisito Extracurricular.

Nuestro programa nos propone alcanzar, a lo largo de un semestre, la identificación, análisis y comprensión de las relaciones de género desde una perspectiva feminista, comunitaria y decolonial, y desde ahí mirar la desigualdad, exclusión y el poder entre hombres, mujeres y diversidades sexogenéricas, todo esto con la finalidad de construir relaciones basadas en la igualdad y en una ética del cuidado, para prevenir y erradicar la violencia por razones de género en la Facultad de Filosofía y Letras.

Esta asignatura y su objetivo lo construimos colectivamente, es el logro derivado de la discusión y acuerdo entre la Comisión Tripartita Autónoma CTA, la Comisión Interna de Igualdad de Género y de la Comunidad. Hemos compartido profesoras que provenimos de diversas disciplinas y que enseñamos en diversos Colegios de la Facultad, conocimientos y saberes. Así, la materia impartida en la Facultad de Filosofía y Letras UNAM, es el resultado del esfuerzo colectivo de toda la comunidad universitaria por lograr la igualdad de género, y da cuenta de prácticas docentes

y pedagógicas que nos han traído un conjunto de retos.

Por una parte, se imparte durante 16 sesiones a estudiantes de primer semestre de los 16 Colegios de la FFyL, además, dadas las condiciones impuestas por la contingencia sanitaria del COVID 19, ha sido impartida desde la modalidad virtual "*en los cuadritos*", y con ello hemos tenido que hacer un despliegue de habilidades y de conocimientos para acercarnos a temáticas sensibles con toda la distancia que la internet nos impone, con todas las dificultades de inter-conexión. Éstas y otras condiciones específicas nos han traído la posibilidad de diseñar con mayor creatividad el trabajo en el aula.

El recorrido a lo largo del semestre de la materia de Género, Violencia y Ética comunitaria, nos lleva por la construcción de saberes (ser, hacer, compartir, disciplinar) que buscan en conjunto cuestionar y transformar estructuras de poder jerarquizadas y autoritarias, a través de la presentación de nuevos paradigmas y referentes culturales, como la igualdad sustantiva, la prevención de las violencias y la construcción de comunidades participativas. Y así, desde estos límites precisos de un programa con objetivos y temáticas, desarrollamos estrategias de acercamiento sensible, que nos permitieran ir construyendo colectivamente comunidad y aprecio por el cuidado de los, las y les otros, con quienes se comparte aula, grupo, comunidad, colegio, facultad y universidad.

Esto ocurre vía los textos (teóricos, literarios, poéticos), los materiales (recursos cinematográficos, arte, performance) presentados al grupo para su revisión, análisis, reflexión y discusión grupal atendiendo al compromiso inicial de escuchar respetuosamente a quienes piensan diferente, a quienes expresan puntos de vista en ocasiones opuestos, a aquellas personas que exponen experiencias dolorosas relacionadas a los

contenidos revisados, como es el caso de la violencia vivida en el hogar, en la calle, en la escuela.

Como parte de la estrategia pedagógica se invita a las, les y los estudiantes a realizar reflexiones críticas que partan de los textos revisados, de los materiales presentados, y desde ese lugar, escriban como reacción a los contenidos, a las lecturas y a las discusiones realizadas. Proponemos escribir en el aula como un método para pensar, para articular reflexiones en colectivo, para poner los pensamientos *fuera*, como un medio para explorar ideas, como un proceso y una práctica social, que ilumina a quienes participamos al compartir ideas, experiencias y saberes.

La escritura como acción pedagógica promueve en el aula una mirada crítica y reflexiva de los diferentes fenómenos, contextos sociales y prácticas culturales que llevan en sí mismos valores discriminatorios y opresivos. Cada texto, cada imagen que nos deje esta publicación, pretende ser un disparador de reflexiones en torno a las posibles formas para des-hacer género, violencias y sexualidades.

Ante la invitación a escribir sus reacciones, lo primero que dicen las, les y los estudiantes es *“Yo no sé escribir”, “nunca lo he hecho”, “me da miedo escribir”, “mi texto es malo o regular”, “me da pena leerlo”,* poco tiempo después pierden el miedo y dicen cosas como: *“escribí para decirme a mí, lo no dicho, lo callado, lo guardado”, “para ponerme con lo que pienso y creo frente al otro”.*

Los textos de Virginia Woolf *“Una habitación propia”* y de Gloria Anzaldúa *“Carta a escritoras tercermundistas”*, y el hecho de escribir, leer, reaccionar, permite a cada estudiante encontrar eco en sus palabras al discutir ideas, contribuye al desarrollo de su escritura sin temores, cada vez más libre y anclada a sus deseos,

experiencias, raíces y procesos personales y sociales.

Lo que van a leer en esta publicación es producto de este ejercicio de lectura y de escritura en el aula, articuladas en formas de defensa personal ante las muy diversas violencias vividas. Los textos producidos nos muestran cómo la escritura promueve, permite y posibilita el tránsito colectivo por la asignatura *llave*, que lleva a aprender *llaves* maestras de esas que abren puertas a través del diálogo y del acuerdo. Hoy, esta publicación se presenta como un espacio a través del cual, las voces de estudiantes de la FFyL, aportan miradas propias dirigidas a cambiar mentalidades para construir vidas y espacios universitarios libres de violencia.

Me con-mueven, se con-mueven, nos con-movemos y así, a golpe de llave, de ensayo y prueba de llaves, nos defendemos de la violencia, des-hacemos género, construimos el “tik” del alemán tojolabal (Carlos Lenkersdorf), el nosotros “que se constituye de escuchar, de escucharnos”, que en cada escrito hace mundos “otros” posibles y comunidad, que contiene y crece sin “apreturas”, sin binarismos de género “enyesados”, así con, para, por, entre todas, todos y todes, ensayando todas las pre-posiciones (cómo dice Joyce Jandette en “qué carajos es poner el cuerpo”).

*Patricia Piñones*

*Secretaria de Proyectos Estratégicos CIEG - UNAM*



# MANIFIESTO ¡AGUAFIESTAS!

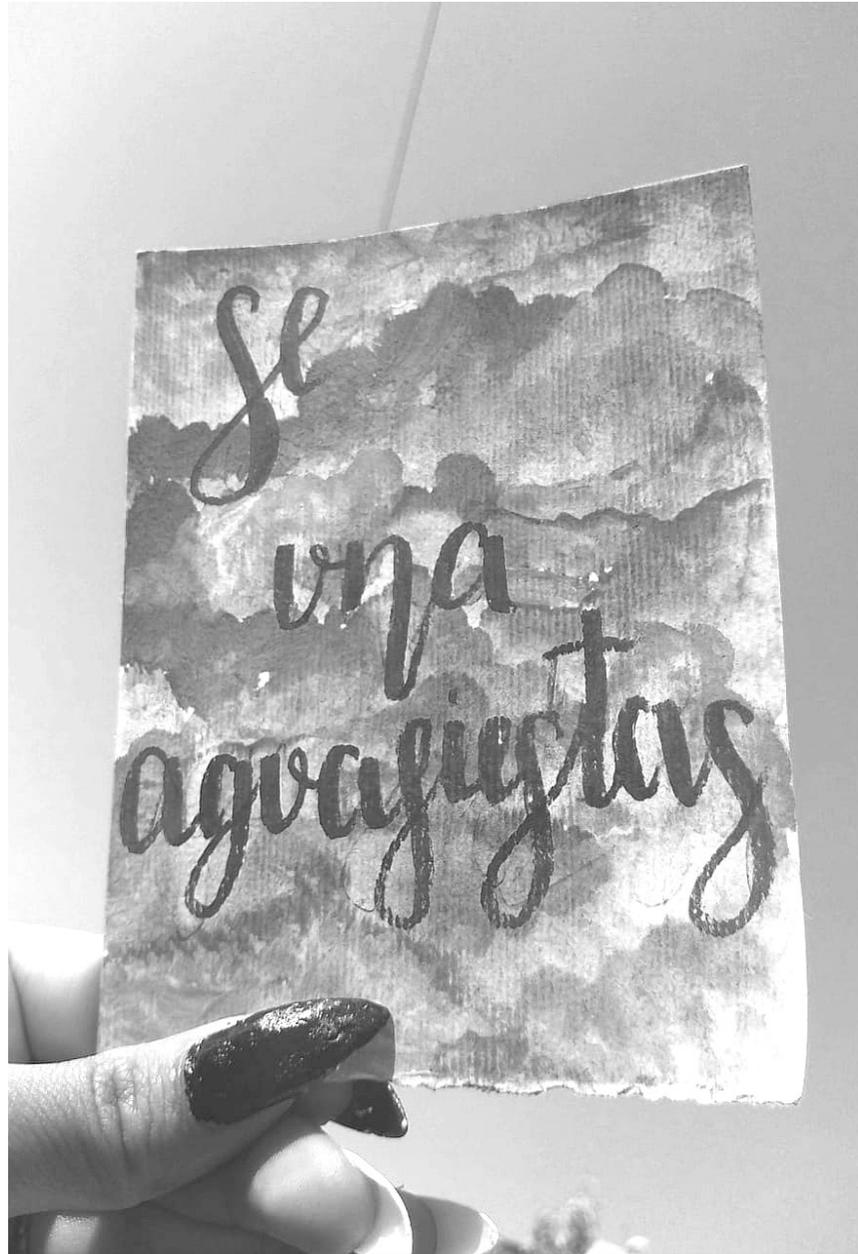


Imagen: Ángeles Castañeda

# Hay mujeres en mi casa

Hay mujeres en mi casa, mujeres altas y chaparras, gordas y delgadas, mujeres que han sido

putas y musas, santas y esclavas, y diosas, pero no han sido humanas.

Hay mujeres en mi casa, mujeres abogadas y doctoras, profesoras, directoras, pero también mujeres amas de casa, madres y negociantes y vendedoras, cocineras y costureras.

Hay mujeres en mi casa, mujeres que son dóciles como un ciervo y feroces como un tigre, tiernas como un conejo y aterradoras como un cocodrilo, mujeres que son el reino animal

completo.

Las mujeres en mi casa usan tacones y vestido, labial y rimel, usan también pantalón y saco, maletín y corbata, las mujeres en mi casa se pueden poner sus fachas y sus vestidos de gala.

Hay mujeres en mi casa que son guerreras y prisioneras, libertarias, a veces también son carceleras. Las mujeres en mi casa lloran, gritan, se pelean y son histéricas, pero

también son serias y juiciosas, se equivocan y aciertan, condenan y se les condena.

Hay mujeres en mi casa que no querían ser madres, mujeres jóvenes obligadas a casarse por

embarazarse, mujeres acosadas en la calle y manoseadas en sus hogares, pero si les preguntas, entonces no sucedió, porque “si eso te pasó fue porque te lo buscaste y ahora has

perdido tu valor”.

Las mujeres en mi casa están asustadas, le tienen miedo al cambio, porque dejar de ser esclava y musa y diosa y puta, para volverse humana es difícil, porque la humanidad cuesta,

cuesta tenerla y cuesta mantenerla. Y lidiar con ello no es cosa fácil.

A veces, en las ocasiones en que las mujeres en mi casa me miran, y sus ojos ven a los míos, y sus manos se vuelven mis manos, y su cabello mi cabello, y el espejo me dice que hay mujeres en mi casa que están esperando a ser, a lograr y a caer, para poder levantarse e intentarlo otra vez.

Amanda Martínez

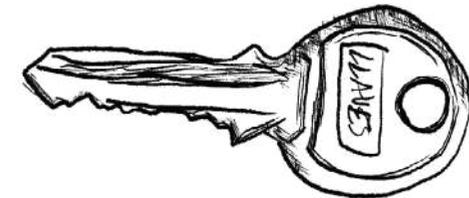




Imagen: Amanda Matínez

# Elegía de una sombra

Hay días como hoy, en los que quiero hundirme en un mar de lágrimas. Hay días como hoy, en los que me gustaría tomar entre mis brazos a esa niña que se dejó llevar por las corrientes del patriarcado, porque nunca se dio cuenta de que la arrastraban con violencia hacia el ojo del huracán. Hay días como hoy, en los que quisiera poder tomar entre mis brazos a esa niña, para resguardarla de todas las veces que la lluvia tóxica de un mundo machista le dejó los brazos quemados, como por la colilla ardiente de un cigarro o de un millón. Así sucede. Hay días como hoy, en que mi pecho se fragmenta pensando en todas las veces que no logré salvar a esa niña de ser víctima de su propia condición femenina.

He platicado con ella solamente algunas veces, pidiéndole disculpas, intentando ahogar las expectativas, las críticas, las opiniones con palabras de chocolate caliente, con palabras que son apapacho, con palabras que aseguran que ella es perfecta tal y como es (o bueno... tal y como fue). Pero nada de eso sirve para evitarle la caída, porque ella ya cayó y siempre estará cayendo, porque los recuerdos son inamovibles. Es por eso, que en días como hoy, me aturde la impotencia de saber que hoy no puedo hacer nada para cambiar lo que alguna vez fue, y que esas heridas -que siempre revivo con limón- no terminan de sanar con el recorrido de las manecillas del reloj.

Ahora que miro hacia atrás, distingo sólo una silueta. En un principio, no lo fue. En un principio, esa

niña era de carne y hueso y, cada fibra de su cuerpo, cada impulso eléctrico, cada latido de su corazón, eran el viento de su velero. Esa niña, en ese entonces, no podía más que correr hacia adelante, hacia un espacio vacío y repleto de posibilidades, pero la inercia de su pasión no duró para siempre. Al poco tiempo el viento la despertó, y los latidos ya no eran causa suficiente de su movimiento, y fue en la búsqueda efectiva de una solución para seguir su camino, que descubrió que la ligereza permitiría que continuara caminando. Así entonces, con cada objeto que dejaba atrás, dejó rastro del camino andado: un camino conformado por las migajas de todo lo que dejó de comer, por los sentimientos que dejó de sentir, por la ropa que se dejó de poner, por las partes del cuerpo que dejó caer hasta que ese cuerpo dejó de ser y se convirtió en sombra. Si ser mujer significaba quedarse atrás, no lo quería ni aunque muriera en el intento: era ser nada o ser mujer, y ganó ser nada o nadie.

Esa niña sacrificó sus gustos y su comodidad para separarse de ser mujer, porque pensó que si tenía pocos rastros de lo femenino no sufriría tanto. Pero esa niña se equivocaba, porque ser mujer era también lo que se esperaba de ella. Ser mujer no solamente era lo que frenaba su paso natural por esta vida. Cuando dejó de usar vestidos y de arreglarse para intentar ser menos mujer, el mundo no tardó en hacerle saber que ese tampoco era su lugar. Así se convirtió en una sombra que solamente caminaba, pero no era ni de aquí, ni de allá. ¿Quién era entonces? No lo sabía. La identidad fue una batalla inacabable de odio, de *ella* hacia sí misma, por ser mujer, por no ser lo suficiente, por querer encajar y por no querer hacerlo. Fue desgastante. Esa es la niña a la que quisiera abrazar en días como hoy, y esa niña ya no existe. A esa niña la erosionó el machismo y la misoginia, la metió en una bolsa de plástico que aventó en medio del desierto, la dejó irreconocible en forma de cenizas y sombras ocasionales, que se asoman cuando



# Muñeca

Al nacer, fui de carne y hueso. Mis padres me cuidaban, me alimentaban, jugaban conmigo y me enseñaban las vocales.

Al cumplir tres años, asustada, noté que mi cabello era de estambre. Mi madre me consoló diciendo “tranquila pequeña, ahora puedo hacerte trenzas”. A mi no me gustaban, pero mi madre decía que se veían lindas y femeninas.

Cumplí doce años y me dijeron que ya era hora de que ayudara en las labores de la casa. No comprendía por qué mi padre y mi hermano no ayudaban, por qué no eran iguales a mi madre y a mí, pero cuando preguntaba, me decían necia, rezongona y grosera.

Cuando mi hermano salía a jugar con sus amigos, yo me quedaba con mi madre preparando la comida. Sentada frente a la ventana, veía como mi hermano de carne y hueso pateaba el balón, mientras yo desenredaba mi cabello de estambre.

Conforme pasaba el tiempo, cada una de mis extremidades se volvían de trapo, me sentía confundida, pero mi mamá decía que me estaba convirtiendo en una “mujercita”. Día tras día, después de dejar la casa impecable, los brazos me dolían y mis piernas ya no aguantaban, quería ir a la cama, pero mamá decía que sirviera los platos y el café: “después de estar todo el día de huevona en la casa, lo menos que puedes hacer es servirles de cenar a tu papá y a tu hermano, ellos llegan cansados hija”, decía ella.

El tiempo pasó, ahora mi cuerpo era completamente de trapo, menos mi cara. En la preparatoria conocí a un chico, era bueno, a veces nos enojábamos y me dejaba

de hablar por semanas, pero mi mamá decía que era mi culpa por estresarlo con tanto drama. Otras veces, llegaba a mi casa con arreglos florales, “qué caballeroso”, decían todos.

Al cumplir 17 años, mi novio llegó borracho a mi cumpleaños y sacó una cajita de su bolsillo con un anillo de metal barato. Yo estaba furiosa, ¿de verdad fue capaz de llegar así a mi cumpleaños? Mi padre dijo que lo perdonara, que fue para darse valor. Enfrente de todos, se arrodilló y me pidió matrimonio. Fue humillante, pero le dije que sí.

Meses después, mis padres tuvieron una platica conmigo, dijeron que “el momento” había llegado:

— Mija, ya que te vas a casar, queremos explicarte por qué ahora tienes cuerpo de trapo. *Ira*, tus manos nomas las vas a usar para hacer la comida y el quehacer, tus piernas son para andar por la casa, no necesitas salir hija, por eso tu marido trabaja.

— Papá, pero yo quiero seguir estudiando, además eso no justifica que mi cuerpo sea...

— No hija, ¿Pa' ¿ qué quiere estudiar? Si por eso la van a mantener, usted no tiene necesidad. Mira, eres de trapo porque cuando llegue tu marido del trabajo, tu tienes que estar flojita y cooperando, MUÑECA, pa' lo que necesite. Él hace el trabajo pesado (como debe de ser), usted no necesita fuerza, ya deje de estar de preguntona.

— Pero...yo no quiero que él maneje mi vida, mis acciones, yo quiero ser como era antes.

— Pues ya te chingaste, para que le dices que sí.

Me mudé con mi esposo y mi vida se hizo trizas, ni siquiera puedo llamarle a eso “vida”. Si decía que no, me jalaba del brazo y me descocía. Yo misma tuve que



Imagen: María Fernanda Herrera

coser mis brazos y mis piernas después de una larga discusión acerca del “por qué la sopa estaba fría”.

Llegó el día en que simplemente no aguanté más y fui a casa de mis padres, con los ojos hinchados y los brazos rotos, les supliqué que por favor me ayudaran a salir de ahí, pero al recibir un rotundo “no” por respuesta, mi rostro se transformó en algodón, mis ojos en botones y mi sonrisa en hilo.

María Fernanda Herrera



de una mirada obscena o de algún piropo, sin embargo, no fue así. Me pasó algo peor. Mientras caminaba noté que un coche me seguía. Era un coche rojo, conducido por un señor con una

gorra verde. Cuando noté el coche siguiéndome, sentí que no volvería a casa, comencé a pensar lo peor. Aunque en ese momento estaba helada y mis piernas me temblaban, mi instinto de supervivencia se activó. Decidí meterme a la tienda más cercana porque no tenía otra opción. Al entrar a la tienda pensé que la pesadilla había terminado y que podría continuar con mi camino sin problemas. Se me aceleró el corazón al darme cuenta que el coche estaba estacionado muy cerca. Al pasar unos minutos se fue. Ese día cuando llegué a mi casa, me sentí muy afortunada por poder volver a ver a mi mamá, por estar viva un día más.

Desde ese día me preguntó por qué debo de sentirme afortunada por llegar a mi casa. ¿Por qué algo tan simple cómo volver a casa es un privilegio? Quiero caminar sin miedo, quiero ponerme la ropa que me gusta, quiero volver a mi casa cada que salgo, quiero que mi mamá deje de sentir miedo de que no regrese cada que me voy. No puedo entender porque algo tan sencillo cómo caminar se hace tan complejo y de alto riesgo cuando eres mujer. Quiero volver a sentir que mi cuerpo me pertenece cada que estoy fuera de casa, no quiero sentir miradas morbosas sobre mi cuerpo. Quiero que todas las “morritas” se sientan libres al salir, quiero que todas podamos caminar sin miedo. Yo he decidido poner el cuerpo, dejar de ocultarme entre la tela de un pantalón, porque hasta con mil capas de tela me he sentido vulnerable ante las miradas morbosas. A las “morras” deben dejar de prohibirnos utilizar “ropa que provoca a los hombres”, y deben comenzar a enseñarles a ellos el respeto a los cuerpos ajenos. Una mirada puede

causar el mismo daño que una manoseada, una mirada no deja de ser una agresión sólo porque “la mirada es libre.” Las mujeres merecemos el derecho de ser libres. ¡QUEREMOS SALIR LIBRES! ¡SALIR SIN MIEDO!

Maricruz Linares

# Una vida feminista

Siempre he sido pequeña, mido apenas poco más de metro y medio, pero nunca me había sentido mal por eso hasta que comenzaron a burlarse de mí. De igual forma siempre he sido

mujer, y me sentí contenta de serlo por mucho tiempo, hasta que comenzaron los ataques de

la sociedad hacia esta condición, provocando que realmente me sintiera pequeña en el mundo. Hasta hace relativamente poco, no era consciente de todas las cosas malas que me habían sucedido en la vida sólo por ser quien soy, y creo que eso es bastante común, pues lamentablemente estamos en una sociedad en la que distintas conductas de violencia y desigualdad están sumamente normalizadas, lo cual afecta la vida de muchas personas.

Crecí en un espacio nada feminista, al contrario, mi familia era (y en parte sigue siendo) de

las que, aunque estaban de acuerdo con el feminismo, criticaban a las mujeres que marchaban, gritaban, y rompían porque “esas no son las formas”, así que yo pensaba algo parecido. Sin embargo, conforme fui creciendo y dándome cuenta de la realidad, de mi realidad como mujer y de la realidad de las mujeres que me rodean, me dio curiosidad saber más sobre el movimiento, por lo que me dediqué a investigar algunas cosas, aunque aún no me adentraba por completo en él.

Así fue mi vida durante algún tiempo, pero como bien menciona Sara Ahmed “Las historias

que nos llevan al feminismo son las historias que nos dejan frágiles.” (p. 42), y aunque yo no sabría decir cuál fue la primera en mi biografía, sí sé que aquellas experiencias que me llevaron a tener un gran conflicto con mi cuerpo cuando era pequeña, y aquellas que en algún momento me hicieron sentir vulnerable ante personas a las que yo consideraba cercanas, me dejaron esa marca de fragilidad que tiempo después me llevó a adentrarme por completo en el feminismo. Tal vez hubiera deseado que eso no me pasara, que mi Ale chiquita se mantuviera ajena a los comentarios de la gente y que se concentrara sólo en las cosas que le gustaban, o, que mi Ale de hace un par de años hubiera estado lejos de ese “amigo” que se creyó con el permiso de tocar su cuerpo sin consentimiento. Al menos rescato que -esas experiencias- me hicieron llegar a las personas correctas con las que ahora me relaciono, y con quienes comparto la idea de luchar para que algún día nadie más pase por situaciones como las nuestras.

Debo confesar que no me gusta escuchar las historias de mis compañeras y amigas, porque a pesar de que se siente bien saber que consideran seguro un espacio del que yo formo parte, me encantaría que jamás hubiesen pasado por las cosas que cuentan. También tengo que admitir que a veces me da pena hablar, siento que mi historia no es tan fuerte como las de otras chicas y por lo mismo no tengo el derecho de “sufrir” o quejarme demasiado, pues hasta cierto punto he sido “afortunada”. Pero ahora veo que esas son ideas erróneas. La historia de cada mujer cuenta, porque son cosas que nos han hecho sufrir y sentirnos pequeñas, sin importar la magnitud de la violencia.

Me duele saber que hay tantas personas afectadas por el sistema en el que vivimos y al que es muy difícil



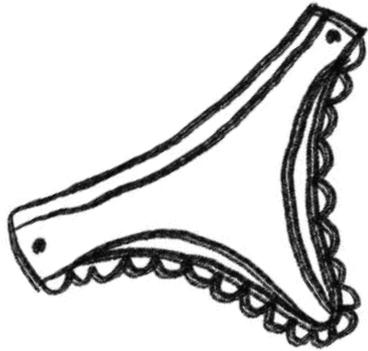
Imagen: Trébol

modificar, porque claramente cuesta, y cuesta mucho, cuesta sudor, lágrimas, dolor, separaciones, e incluso vidas, y a mi parecer, vivir una vida feminista es justo eso, darse cuenta de todo lo malo y aun así darlo todo por intentar cambiarlo, a pesar de saber que tal vez no alcancemos a ver los frutos de ese esfuerzo.

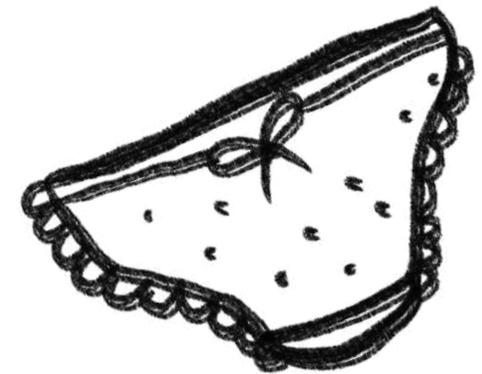
En este sentido me encanta la idea del *kit de supervivencia* que propone Sara Ahmed, porque como en toda lucha, se necesitan elementos para sobrevivir durante el recorrido hasta la victoria (porque claro, que confío en que alguna vez se logrará, no importa cuánto lleve). Esta serie de elementos que propone la autora, conforman la idea de tener una reserva a la cual acudir cuando te sientes perdida o cansada, para alentarte a seguir adelante, y eso me parece maravilloso.

Se muy bien que cada persona siente el feminismo de diferentes maneras, pero lo importante es que todo converge en un mismo propósito: llegar a un punto en el que las reglas de la sociedad beneficien a todo tipo de personas y que nos permitan vivir de una mejor manera que la actual. Me es muy claro que desde el momento en que nos consideramos parte de un movimiento tan importante y necesario como el feminismo, las mujeres tenemos que comenzar a enfrentarnos a nuevas dificultades, y aunque me he dado cuenta que a veces es muy desgastante llevar una vida feminista, creo que también se convierte en un estilo de vida muy bello gracias a todas esas personas a las que llegas y que te hacen sentir segura, así que por eso he decidido que siempre seré, con mucho orgullo, una gran y completa *aguafiestas*.

Trébol



MANIFIESTO ¡POR MIS CALZONES!



# Señor, me has mirado a los ojos

A mí me inculcaron el recato ya grande, porque no era algo propio en mí de niñita, no me recuerdo pudorosa, de hecho, viene a mi mente cómo andaba encuerada en la playa durante las vacaciones familiares o cómo me echaba al pasto sin importarme lo que llevaba puesto.

Al entrar al colegio de monjas, esa armonía que tenía con mi cuerpo y mi ropa interior se rompió.

O las monjas la rompieron, no sé.

Me enseñaron a sentir vergüenza.

La falda de mi colegio estaba hecha de una tela azul horrible, debía ir debajo de la rodilla y no podía estar pegada al cuerpo.

A las mujeres no se nos permitía usar pantalones, sólo nos dejaban usar el uniforme deportivo una vez a la semana en clase de Educación Física. Y si llevabas dicho uniforme cuando no correspondía, te ganabas un reporte por mala conducta.



Imagen: Viviana Plaza

Ay, ay, ay, esas monjitas.

No importaba si hacía frío, si había llovido o si estabas menstruando y querías un poco más de comodidad, tenías que usar falda.

Punto y se acabó.

Teníamos clase de Danza Contemporánea y era necesario moverse, claro, ¿cómo va a bailar una sin mover las piernas, el cuerpo entero? Bueno, pues había que hacerlo “con cuidadito”, porque una niña *decente y buena* no podía enseñar los calzones jamás.

¿Perdón? ¿Desde cuándo la decencia y la bondad van de la mano con algo tan burdo como un pedazo de tela? Qué hay de pedazos de tela a pedazos de tela. Si a mí me regalaran unos calzones de La Perla Lingerie, bueno, me la pasaría enseñándolos todo el tiempo, aunque la voz de las monjitas resonara en mi cabeza.

Total, una mañana fuimos a hablar con una de las monjas para que nos diera permiso de usar pantalones.

“No, mijas”, fue su respuesta.

“Pues ni modo, que se nos vean los calzones”, balbuceó una de mis compañeras.

“¡Dios nos libre! Las mujeres decentes no enseñan nada”, dijo la madrecita con la cara pálida.

¿Entonces yo qué era?

Me desagradó escucharla.

¿Cuál fue su solución?

Unas lycras.

Sí. Lycras debajo de la falda.

Como si un short hecho de tela elástica fuera abismalmente distinto a un calzón.

No entendí.

Y sigo sin entender.

Las palabras de la monja se enraizaron en mi mente y comencé a preocuparme mucho por lo que enseñaba, con lo que “se me veía, se me marcaba, se percibía”.

Demoré años en hacer las paces con aquella niña a la que el pudor no le quitaba el sueño, pero lo conseguí.

Hay veces que me dan ganas de ir al colegio a contarles a las monjitas que, después de salir de la escuela, participé en talleres de burlesque y de pole dance, en donde es imperioso usar shorts muy pequeños para poder subir por el tubo, ya saben, nada más para ver sus caras.

Nada más por mis calzones...

Viviana Plaza

# Un chisemcito por mis calzones

¿Siempre ha sido así? ¿siempre hemos tenido algún tipo de “rechazo” hacia los calzones? Es decir, entiendo que sea una prenda que se considere “intima” pero ¿es precisamente esto íntimo lo que lo hace tan deseado de ver o tan rechazado en su defecto? Porque al parecer sólo existen esas dos posiciones: o lo rechazas o te mueres por verlos. En realidad, creo que yo no estoy en ningún lado, siempre desvío la mirada si es que a alguien se le ve algo que se considere privado, por fines de comodidad hacia los demás, ya que no me gusta hacer sentir incómodas a las personas porque yo odio con mi vida ese sentimiento. Sin embargo, y ahora que lo recuerdo, en la secundaria no tuve tanto ese sentimiento hasta que me ocurrió un accidente, ya que a mi desde pequeña me gustaba usar faldas o vestidos, era prácticamente la única ropa que tenía. Había de mezclilla, verdes, moradas, principalmente rosas, ya que encontraba algo muy lindo en ellas. Y fue así, pero, supongo que la secundaria es una etapa en la que comienzas a generar inseguridades, o te las generan, y es muy incómodo vivir contigo misma de alguna forma; en fin, eso es otro tema.

Yo iba en tercero de secundaria, ese día me tocaba clase de educación física y por alguna extraña razón en mi último año se había cambiado el uniforme para dicha clase. Las niñas pasamos de un cómodo pants y sudadera azul que tenía líneas blancas y azul claro, a una falda y camisa tipo polo blanca, suéter verde, calcetas y

tenis blancos; y, aunque no me molestaba utilizar falda, había algo que no me convencía. Entre mis amigas y compañeras habíamos llegado a la conclusión que era más cómodo estar en la clase con el pants, porque cabe resaltar que debíamos de quitarnos la falda y hacer deporte con un short, que a veces si se te llegaba a olvidar pasaba a ser una licra. Ahora que lo pienso, es molesto ¿no? Jamás tomaron en cuenta si nos resultaba incómodo, o si es que nos podíamos manchar con más facilidad.

En fin, la historia a la que yo iba era otra. Mi novio de ese entonces y yo jugábamos bastante así que ese día que me tocaba educación física había estado lloviendo mucho, por lo tanto el patio estaba lógicamente mojado. Mientras nosotros corríamos y en un intento mío por alcanzarlo, resbalé, mi cuerpo cayó boca abajo, y en lo personal, me pareció gracioso ya que suelo ser una persona un tanto torpe con los pies. El punto es que de un momento a otro sentí unas manos que jalaban mi falda y un montón de gente alrededor, todo fue muy rápido y yo sólo me levanté riendo. Mi exnovio me llevó a la enfermería ya que debían de curarme las pequeñas heridas que me había hecho, sin embargo y unos minutos después él mismo me contó que se me había levantado la falda al momento de caer, yo no le tomé mucha importancia ya que llevaba licra, porque como toda niña que lleva falda en este país pues tiene que utilizarla ¿no? Es lo que he escuchado y me han dicho toda mi vida.

En fin, como mencioné, yo no le di importancia, y al parecer él tampoco porque todo quedó hasta ahí con él. Después de la enfermería nos regresamos a la clase de historia, era la que nos tocaba, y como la mayoría de los profesores sabían que andábamos, cuando llegué y me



Imagen: Jesica García

senté en mi lugar este profesor atinó a decir “que bien que él te bajo la falda, si alguien más hubiera visto no te la hubieras acabado” yo no supe qué responder, pues siempre he sido una persona callada y con un profesor me sentía más tímida. Y, aunque no sean calzones, es muy extraño que te hagan ese tipo de comentarios ¿no? Es decir, llevaba una licra ¿no es para eso? ¿para evitar que se te vean los calzones? En fin, dijo eso y continuó con la clase, me saqué de onda, seguía sin tomarle tanta importancia aunque me hizo pensar las cosas. Me dije a mí misma “cálmate”.

Ese mismo día y a la salida, sentí que algunas personas me veían, tal vez era paranoia mía, o no, sólo recuerdo que al llegar a mi transporte una amiga que tenía y que era un grado menor al mío me preguntó si estaba bien, le contesté que sí, sólo había sido un raspón, ella continuó a decirme “que bien, te vi a lo lejos pero ya no me acerqué, sólo vi cuando tu novio llegó corriendo a bajarte la falda. En mi salón llegué a escuchar algo de eso, que se te subió la falda, pero que bien que llevabas licra” yo sólo atiné a decirle “sí” mientras echaba una risa pequeña. Fue... extraño, no pensé que se haría algún comentario por eso, tal vez por la caída, pero ¿por la licra? Era tonto, había estado usando short en educación física, ¡incluso en algunas ocasiones la misma licra! Pues, como comenté, si se te olvidaba el short debías de estar en la clase con licra, pero, si a mí me lo preguntan, el profesor nunca me dio confianza, y no sólo era yo, éramos todas las niñas. Se comentaba que sentíamos una vibra extraña con él, además que hacía comentarios inapropiados hacia nosotras. En fin, un tema más por cubrir: profesores de educación física en secundaria, ¿pervertidos o nosotras estamos locas?

Siguiendo con la historia, no me entraba por la cabeza

cómo es que se comentaba sobre las licras de las otras, ¡sólo eran unas licras! Seguí sin tomarle importancia, intentando no sentirme más incómoda de lo que me estaba poniendo. Pero, como debía de ser, y al estar en una época en la que “ask.fm” era tan utilizado, no tardaron mucho en mandarme preguntas (más que preguntas comentarios y de forma anónima claro) sobre eso, “qué bonitas licras”, “casi se te ve de más”, “gracias por el material” ¿en serio?, ¿qué no eran los mismos que se la pasaban queriendo ver y fastidiando a las niñas con la falda? Ah... seguro es ese pudor que se tiene hacia la prenda lo que hizo que comentaran eso ¿no? Yo sólo proseguí a borrar lo que fuera que me llegara y comentaran al respecto, ni siquiera quería tenerlos ahí o responderlos. Fue algo que, si bien me hizo sentir incómoda por un buen rato, me dejó pensando, y más hoy en día que hago una recapitulación constante de cómo fueron mis años de secundaria. No lo sé, es una etapa un tanto complicada, ya saben, los cambios, niños queriendo sentirse mucho más grandes, todo eso.

Hoy en día apapacho a esa niña de secundaria que se sentía incómoda por esos comentarios, la apapacho y le digo que no tiene nada de malo que te vean la licra, o los calzones. Acompaño a esa niña y a otras más a gritar muy fuerte: pues que me vean los calzones.

Jessica García

# La secuestradora de mi cuerpo

-¿Te vas a ir así?

- ¡Ponte una lycra que se te ve todo!

- ¡Se te ven los calzones con esa falda!

-Pues no vas a ir así, vete a cambiar o a poner una lycra.

Me retumban como un eco profundo y arraigado en mi ser, esas voces las tengo tan presentes siempre que elijo mi ropa. Cuando eres pequeña todos te dicen cómo debes vestirte, que usar, siempre tratando de ocultar los estereotipos de la sociedad.

-Se te ve todo niña...ten usa esta lycra.

La primera vez que te vi parecías tan inofensiva, en mi mente eras un short más, mi madre nos presentó, ¿Lo recuerdas? Te puse bajo mi falda color pastel, ni siquiera combinabas, lo negro se reflejaba con la transparencia. No sé cómo sea ponerse una lycra para las delgadas, pero para las niñas gordas como yo es una tortura, se ajusta tanto que parece que no puedes respirar, le dije a mi mami que me compró una talla equivocada, -no me queda- pero me dijo que estiraba, que todas eran así, todo se compacto como si aplastara hacia arriba una plastilina, no me gusta cómo deja mi cuerpo, me miro frente al espejo y veo mi cuerpo deformado, no se ve mi cintura, sólo se alcanza a ver como las lonjas se dividen de forma horrorosa, no soy yo, me haces sentir insegura. Preferiría mil veces enseñar los calzones a ver como transformas mi cuerpo en algo sin figura, pero

soy sumisa y me inculcaron la vergüenza, así que acepto dejarte que me manipules, que me aprisiones, pero la tortura apenas estaba comenzando...

A medida que caminaba no podía dejar de pensar que traía algo duro y rígido que me estrujaba de la cintura a los muslos, pero aprendí a olvidarlo en el transcurso del camino. Debí de olvidarte, pero no fue así, mis entrepiernas hacen que te subas, que te enrolles, que me tortures, tengo que meterme a un baño para desenrollarte, pero dura muy poco mi comodidad. A los 3 minutos que sigo mi camino te subes y me lastimas (ni modos me tengo que aguantar), tu resorte me lastima, me quema, simplemente quiero regresar a casa para quitarte de mí, una sensación de placer entonces inunda mi ser, es tan cruel como cuando te quitas *el bra*, una inmensa liberación que trae un inexplicable confort, pero esto dura muy poco, de repente sientes un ardor, un dolor, veo mi cuerpo, lo toco y esta lastimado, me arde, tengo marcas muy profundas, rojas, creo que es sangre, no, no lo es. Esta sensación se parece a cuando te amarran con cuerdas o lazos en un secuestro y al pasar de unas horas te liberan un poco, ahora lo entiendo, mi cuerpo es el que se encuentra secuestrado por ti, agarre talco para untarme en mis muslos todos rosados, toco mi cuerpo, esta frágil, débil, no quiero seguir usándose, pero si uso una talla más se me bajan con todo y calzones.

En secundaria usaba uniforme de gala de 3 a 4 veces a la semana, ya se imaginaran que tortura es usar esto que llaman "tener pudor", pero claro, entiendo el miedo que tienen nuestras abuelas y madres, antes los hombres eran depredadores de la mujer así usarán una *burka* las acosaban descaradamente, observaban sus calzones como el deseo que tiene un león en brama, por eso no culpo que me quieran proteger de alguna u otra experiencia con estos tipos que siguen aquí. Si escribo ahora es porque una vez me dijeron que las

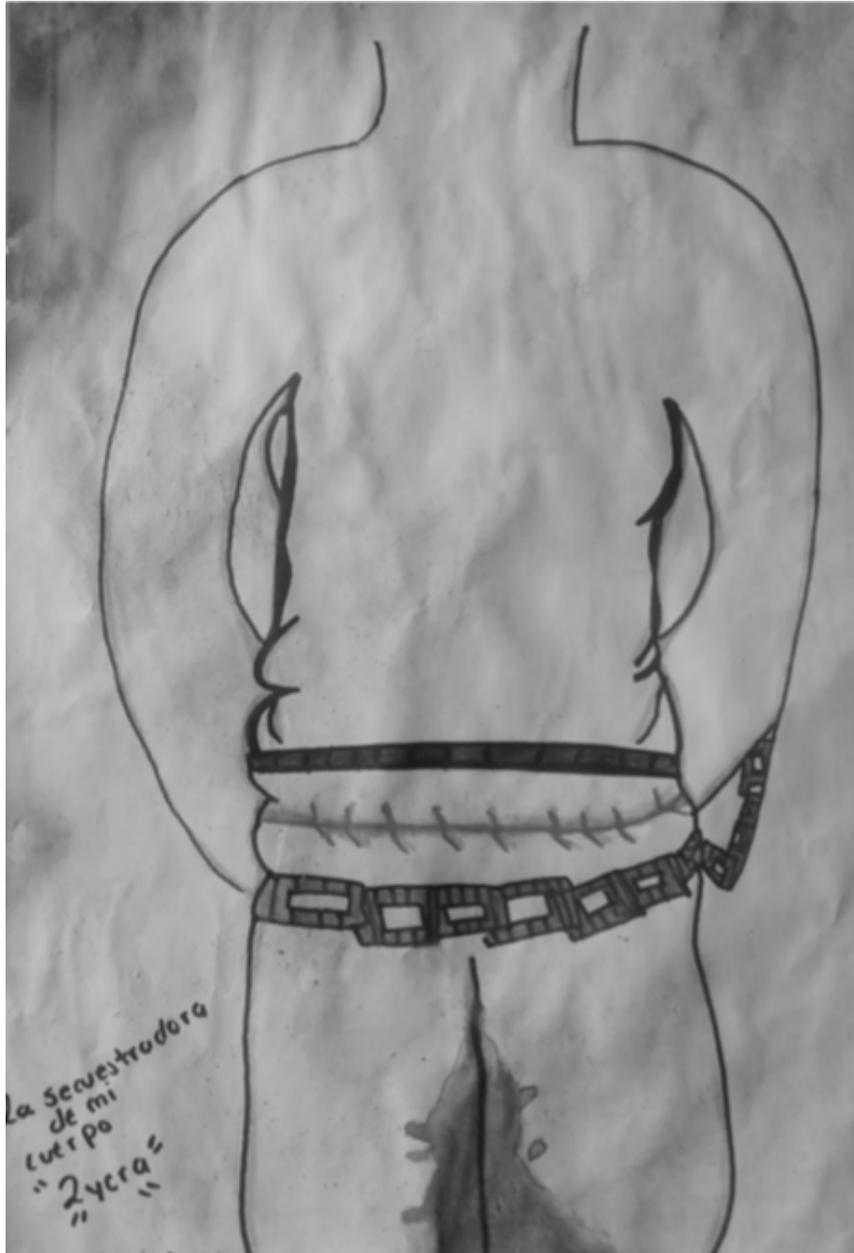


Imagen: LIXI JRP

niñas damos asco al mostrar nuestros calzones, -eso no es lo correcto- por eso usamos lycras.

Libérate por favor de este secuestro, desata esa cadena de dolor que llevas arriba de los calzones, porque una vez que dejas fluir el aire fresco cargado de gozo entre tus piernas y pones un alto al deformar tu cuerpo puedes verte frente al mismo espejo, pero ahora como la hermosa persona que eres, sin apretones, se libre antes de que sea tarde, no demores porque la vida es un suspiro; y tú joven o padre, incluso abuelo que lees esto, reflexiona la tortura que vivimos por no “despertar tus deseos”.

LIXI JRP

# La licra, ya no es parte de mi cuerpo

Al igual que muchas y muchos de mis compañeros he tenido una breve anécdota con respecto a los calzones; la más común, es haber estado muy acostumbrada a usar una licra debajo de la falda, ya sea para la escuela o para una salida casual. Pero tengo que admitir que crecí en una familia pudorosa, así que la costumbre fue más que nada a no vestir con escotes o faldas muy cortas, principalmente para “evitar” acoso o situaciones por el estilo.

Pero claro está, siempre hay alguien en la familia que rompe las reglas y de cierta manera esa persona renegada me considero yo, aquella que no se deja llevar simplemente por lo que dicen los padres sin dar más explicaciones, ya que; para mi adolescencia (13-16 años), yo era parte de una academia de danza clásica y normalmente en los camerinos era acompañada por mi madre para que me ayudará con los cambios de vestuario; debido a esto, tuve una experiencia totalmente extraña para mi en ese entonces.

Vi a cientos de mujeres quitándose el pudor a mi alrededor, desvistiendo sin miedo, en confianza entre ellas mismas y de sus cuerpos, yo me había quedado paralizada ante la escena en la que pronto me integraría. El tiempo era corto para los cambios de actos, era casi inmediato, no había tiempo ni espacio para la vergüenza.

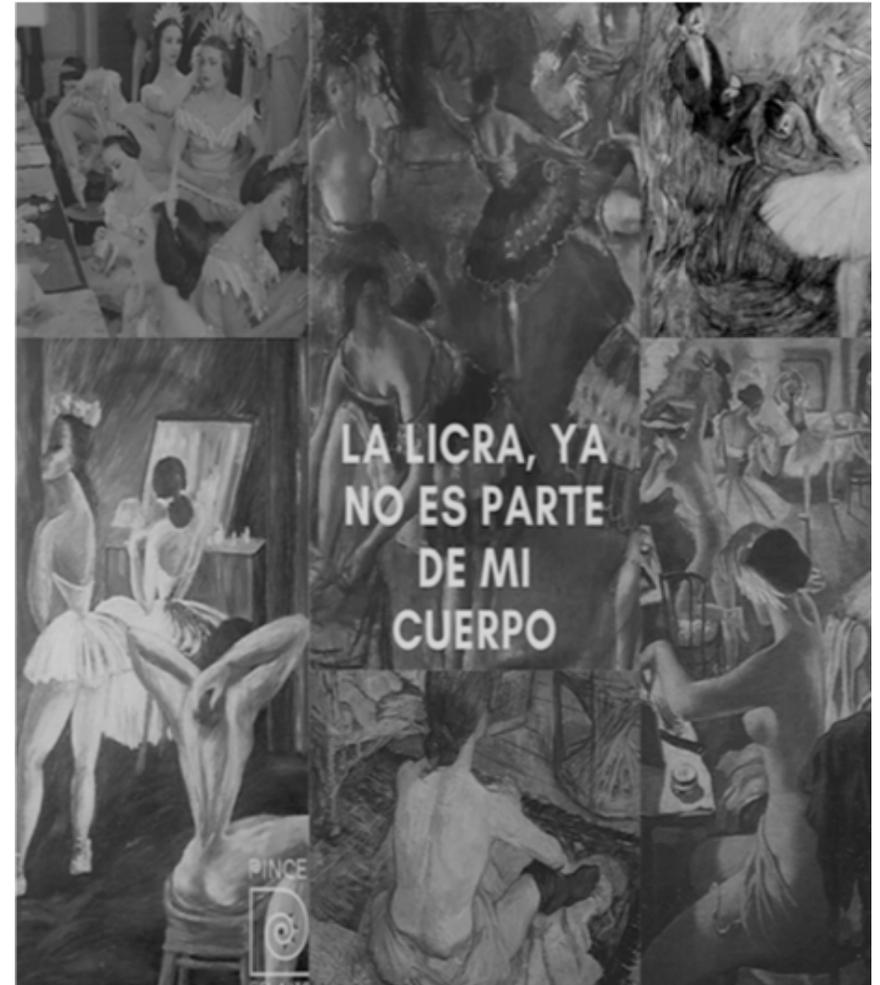


Imagen: Diana Castrejón

Recuerdo bien a mi madre mirarme dándome a entender: “Pues bueno, vas tú también”. Desde ese entonces no solo yo sino también mi madre, comenzamos a ver esto de la manera más normal y común; ella aún no ha dejado de lado toda la idea con la que creció entre licras ya que mi hermana menor sigue creciendo con la misma noción impuesta por mis padres, y mi hermana mayor continúa en la práctica de las licras, a pesar de lo que mi madre y yo les contamos acerca de esta anécdota que tuvimos juntas.

Supongo que, para algunas personas como mi familia, posturas nuevas como estas luego de años de haber convivido con otras doctrinas, puede volverse un tanto difícil de aceptar y cambiar, a pesar de reconocerlas. Después de esto yo sin duda agradecí esos momentos; esa rebeldía y preguntas del porqué tanta cohibición entre mujeres, para mi había dejado de ser una incertidumbre. Se convirtió en algo divertido, natural y libre elección aún cuando mis padres se sientan incómodos.

Por aquellos tiempos pude hacerme de una autoestima sana, gracias a la relación que continué con esas mujeres; y lo digo porque al comenzar la preparatoria, ya no me encontraba con una mente cerrada, donde tuviera que cuidar que no se me vieran los calzones o sentirme incómoda por mi cuerpo totalmente delgado. Hoy en día porto escotes, tops y falda sin necesidad de usar una incómoda y apretada licra debajo de ella, donde me aprieta los muslos, la vulva y mi cintura, al punto de percibir que el resorte de la licra me deja sin circulación. He dejado de sentirme atacada por mi propia ropa, abandonando y rompiendo la tradición femenina de esa vieja ideología, donde los calzones no tienen que ser vistos ni por los rayos del sol; la licra,

ya no es parte de mi cuerpo. Todo a partir y gracias al momento “extraño” por el que tuve que pasar, y que ahora toda vestimenta la luzco con toda la actitud sin temor de ser juzgada por otras personas o incomodada por mí misma.

Aunque claramente esto no quita que persista el morbo en algunas personas o que para muchas otras, parezca un acto de invitación a sexualizarme. Sin duda sé que en ocasiones debo cuidarme o tomar precauciones por mi elección y preferencia de vestimenta, en algún transporte o lugar público; claro que considero que la vestimenta no es una razón para inducir a alguien a no respetarnos.

Diana Castrejón

# Calzón sobre leotardo

Toda mi vida estuve en danza, de pequeña empecé con ballet y luego probé todos los estilos hasta que llegué a danza contemporánea, recuerdo que fue en secundaria, en el verano de primero a segundo año y estaba muy emocionada, después de pasar de la rigidez del ballet a la libertad del contempo me sentí liberada de las normas, de las que no te permiten comer una barrita por miedo a engordar y ser humillada ante la clase, de las que te hacen contar hasta las calorías del pepino.

Pasó de un curso de verano a lo que más me apasionaba y me motivaba a luchar por mi bienestar.

Durante el semestre todos nos cambiábamos para la clase en un saloncito pequeño, nos veíamos los calzones cada semana y fue ahí donde descubrí que existe una variedad infinita de ellos, desde los más recatados hasta los que te hacen sentir sexy con sólo verlos.

El curso continuó y diciembre llegó agarrado de la mano de la presentación semestral, yo estaba hecha una bola de nervios porque era mi primera presentación en el teatro de Puebla y mi debut ante el INBA. Faltaba media hora para presentar nuestro primer número y recuerdo muy bien que me probé el leotardo, era un morado uva de esos que gritan: “¡Hey! ¡Mírame!” y se me veían los calzones, como mi piel es algo amarilla y mis calzones color beige se notaba la diferencia.

Yo entré en pánico porque mi profesora llegó y al verme me dijo: “Acomódate mejor los calzones o quitáelos”, se me bajó la presión porque lo primero que pensé fue:

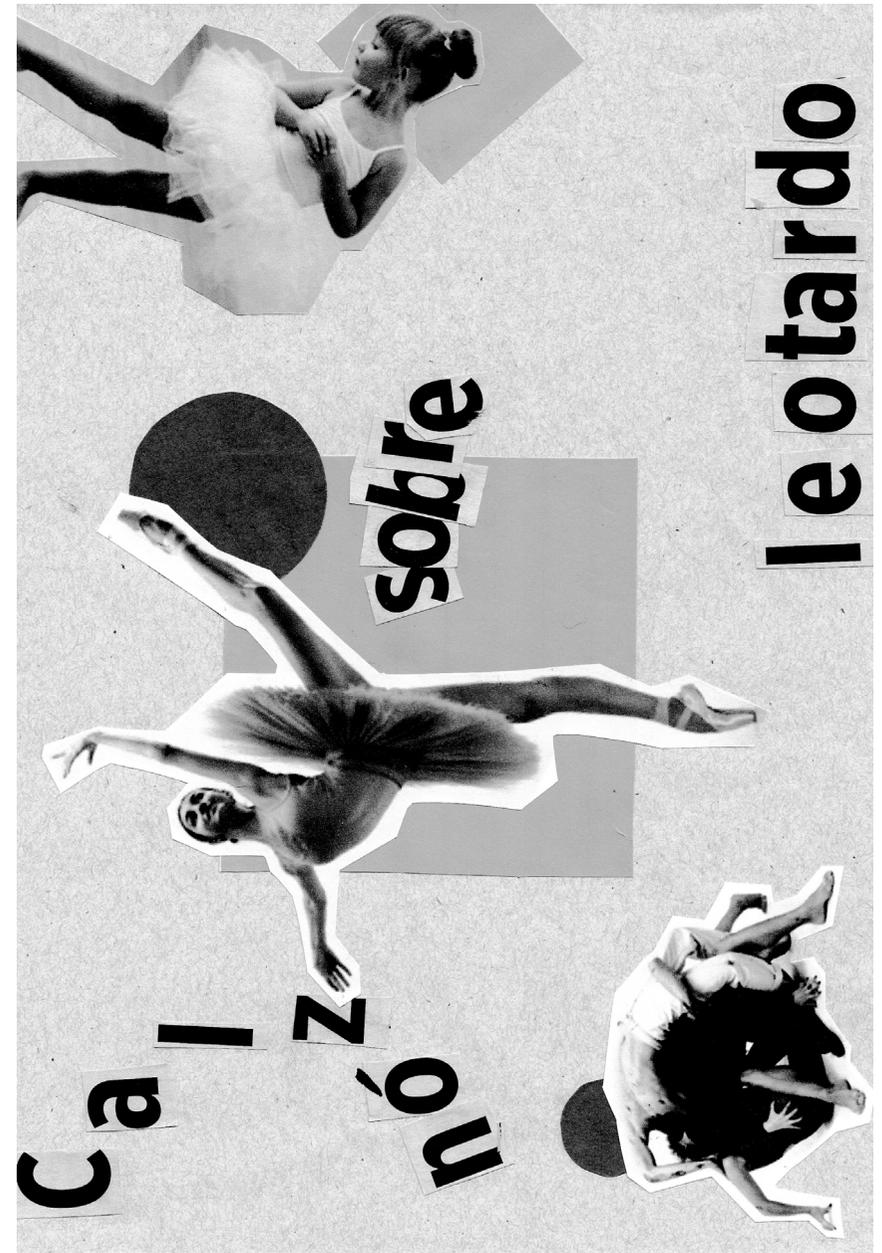


Imagen: Melanie Ramírez

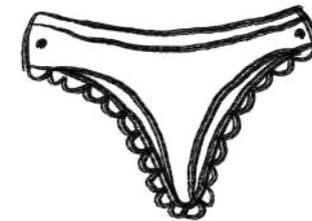
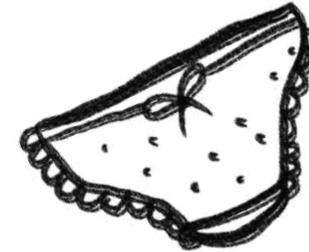
“Me van a ver todo aquí”, el leotardo casi ni me cubría y yo no estaba acostumbrada a enseñar porque el pudor en mi casa era lo que te definía como mujer.

Ahí, frente a todas mis compañeras y mi único compañero, acomodé mis calzones para que no se me vieran, mis manos temblaban mientras escondían la tela beige bajo la morada del leotardo y mi mente era un caos, ¿cómo es que me veían acomodarme una prenda íntima sin inmutarse? ¿Por qué era malo que se notaran mis calzones? ¿A caso les prendía más un calzón que un leotardo?

Fueron los dos minutos más largos en mi vida y sin duda en los que más he pensado, pasé de tener miedo a tener rabia y por último decir con orgullo: “Vale, pues, mis calzones están chulos, se pierden de verlos”, fue así como me acomodé los calzones.

Aún me pregunto ¿por qué lo más importante fueron mis calzones?, es decir, era una presentación significativa para mí y la academia. Tal vez lo que debía tener mi atención era ésta, la coreografía que se presentaría y no mis calzones.

Melanie Ramírez



# Jesús usa licras ROSAS

Durante 12 años de mi vida viví encerrada en la inquebrantable burbuja de pudor que tienen a su alrededor las escuelas católicas. Como es propio de los colegios religiosos, el uniforme era un asunto muy serio. Encima de tener que llevar el jumper por debajo de la rodilla, forzosamente teníamos que usar licra y además tenía que ser azul marino o negra.

Cuando eres pequeña, como yo lo era en ese entonces, te resulta difícil comprender por qué está mal enseñar tus rodillas, o por qué está mal usar licras de los colores que te gustan; de todos modos, me enseñaron a ser obediente, así que siempre usé las licras de colores oscuros que me eran exigidas.

Mi mamá, siendo una mujer muy ocupada, no siempre tenía tiempo de lavar todas las prendas a tiempo, así que un día me vi forzada a llevar una licra rosa. Yo protesté, pues sabía la regañada que se abalanzaría sobre mí si alguien viera el color de lo que había debajo de mi falda. Mi madre alegó, “es mejor que nada”, y le di la razón, pensando que mientras que el pedazo de tela me protegiera, no tendría por qué haber algo de malo en ello.

En cuanto la coordinadora de la primaria me vio la licra color rosa pastel, inmediatamente me regañó. Fue algo tan traumático para mí, que al día de hoy lo sigo recordando, aún cuando las memorias que tengo de mi infancia son muy escasas, y lo recuerdo de una manera tan vívida que aún ahora, rememorándolo, mi corazón



Imagen: Nataly Olascoaga

se hace pequeño. La pequeña y sensible niña que yo era no pudo evitar llorar. No fue un niño ni una niña quien me hizo sentir avergonzada por mi licra rosa, fue una figura de autoridad, alguien que yo respetaba.

La verdad es que jamás había reflexionado mucho al respecto, pero ahora que lo pienso me siento incluso enojada, independientemente de qué color fuera la licra, se supone que debía usarla para sentirme segura al jugar y caminar, entonces, ¿por qué me estaban regañando sólo porque no tenía una de color negro para usar ese día? ¿Hay algo de malo en mi color favorito?

Nunca comprendí completamente los códigos de vestimenta, pero ahora que soy una niña grande, pienso en cómo éstos eran mucho más estrictos para las niñas que para los niños. Para ellos bastaba ir con su pantalón y su playera blanca, el pelo algo recogido y ya está. ¿A nadie más le parece hipócrita, cuando se supone que Dios nos ve a todos con los mismos ojos?

Nosotras teníamos que asegurarnos de que la falda fuera lo suficientemente larga, de que las calcetas no fueran demasiado cortas, siempre llevar la coleta bien alta (porque no podíamos utilizar ningún otro tipo de peinado), y por supuesto, siempre llevar nuestro moñito rojo; eso sí, que fuera simple, no demasiado llamativo. Siempre pudorosas, siempre recatadas, siempre escondidas, siempre controladas. ¿Por qué nos tenemos que preocupar por esto siendo niñas?

Nunca he sido una persona muy devota, pero en los años que pasé cerca de la religión, siempre me enseñaron que Jesús era un amigo, que siempre me perdonaría, que siendo la mejor versión de mí misma, no me juzgaría. Siempre lo vi como una figura amable y protectora, así que, aún una década después de que me hayan reprendido por usar una licra rosita, yo creo que a Jesús le hubieran gustado, símbolo de mi felicidad y libertad de niña. Estoy segura de que mi vestimenta no habría

marcado ninguna diferencia para él; incluso me atrevo a decir que hubiera usado las licras rositas conmigo.

Nataly Olascoaga

# ¿A quién le importan mis calzones?

Estuve buscando en mis recuerdos de niñez alguna historia que tuviera que ver con calzones, ya sabes, las historias que han marcado a toda niña en su infancia porque es de tus primeros acercamientos al acoso. Sólo que antes no se le llamaba así, era más bien, un juego de niños, donde sin tu permiso te levantaban la falda del uniforme escolar.

Creo que no tengo alguna experiencia así porque yo siempre llevaba abajo el short para la clase de educación física. Puede que también carezca de estas anécdotas porque en la primaria yo era de las niñas feas y nadie le quiere ver los calzones a las feas, es más divertido molestarlas por su físico, su manera de caminar, de comer, incluso por su manera de ser como alumnas.

Conforme crecí y llegué a la secundaria, el tema de los calzones se apagó por un rato, el uniforme de todos los días era pants, así que no había que preocuparse por que aprovecharan el vuelo de las prendas para acosarte. Mi momento de terror era la clase de danza, donde el leotardo dejaba asomar por entre las mallas, el resorte de encaje infantil que tenía mi calzoncito rosa, era horrible, sentía que estaba enseñando mi intimidad y que era algo para avergonzarse, así que durante todo primero y casi todo segundo año, me veías en el baño ideando un plan para no dejar que mis calzones se asomaran, de manera natural, cuando mi cuerpo se

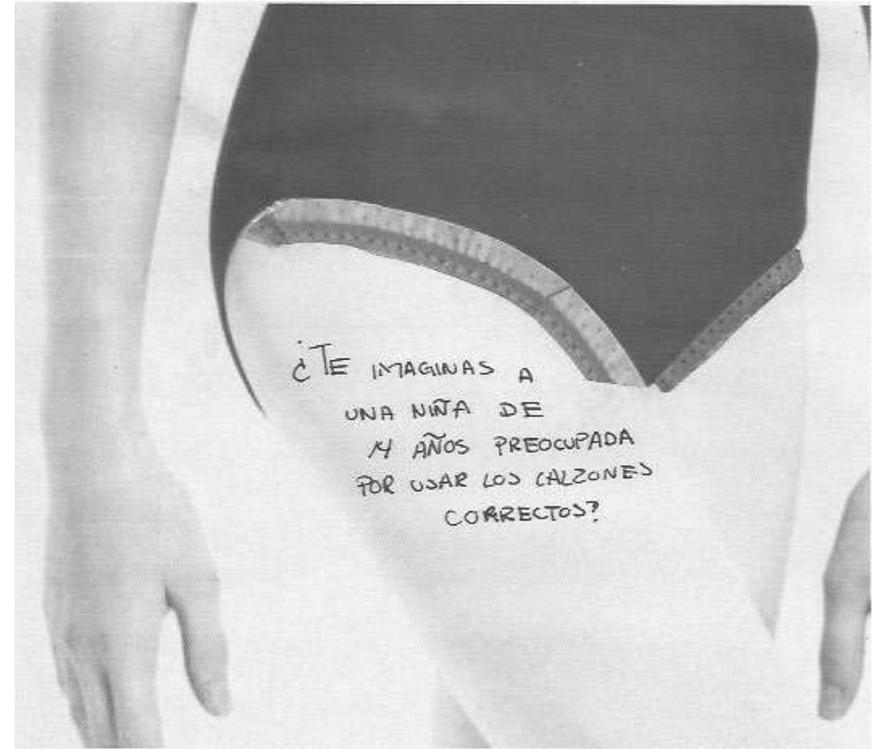


Imagen: Sthefany Canales

movía para hacer los ejercicios. ¿Se imaginan a una niña de 14 años preocupada por llevar los calzones correctos?, ni siquiera sé en qué momento aprendí cuáles eran los apropiados para usarse o no.

Supongo que llegó un momento en que mis habilidosas maniobras me aburríeron y dejé de esconderme los calzones para la clase de danza o tal vez fue porque era más importante llegar a la clase y cambiarse rápido, a intentar ser "pudorosa" en frente de mis compañeros que estaban igual de alterados por llegar y no por ver que

se asomaba o no, de las mallas de las niñas. Poco a poco, me fui olvidando de ese miedo, la dinámica de mi grupo se volvió algo que yo aún valoro muchísimo. Formamos una colectividad donde vernos en ropa interior no tenía otra intención que la de llegar a tiempo a clase de teatro y danza, no importaban nuestros cuerpos, las figuritas de los calzones, que a uno le diera más pena que al otro, sólo nos importaba que el profesor nos viera ya cambiados dentro del salón.

En la prepa este tema se disipó de algún modo, yo empecé a estudiar literatura y cambiarme de uniforme dejó de ser parte de mis días, sólo era usar el pants que se sentía como pijama.

Hasta hoy, el tema de mis calzones me pertenece completamente y ha cambiado mucho la concepción que tengo de ellos, son una prenda que puede ir desde ser usados porque son bonitos y cómodos, algunos llegan a ser usados sólo para los días donde tengo mi periodo, especiales para no manchar los bonitos, y también es una prenda que se ha transformado, incluso, como algo erótico, aunque sean usados por el gusto propio de cómo se ven. Creo que desde ahora los tomaré como juego y mostrarlos o no, dejó de ser un problema.

Sthefany Canales



# Calzón de menstruar

Amanece mientras salgo de casa. Me siento cansada. Me duele el cuerpo: como si no hubiera dormido nada. Camino con pesar, un persistente dolor en la cadera me atormenta.

La butaca me es incomodísima. No logro mantenerme quieta, me reacomodo a cada momento.

Estoy agotada.

Todo me resulta irritable, de pronto, la voz de la profesora de física es 10 veces más aguda de lo habitual, ahora no tolero las risas fastidiosas de los compañeros que se sientan detrás de mí.

Respiro.

Comienzo a sentir que mis bragas se humedecen. Mi corazón palpitando. Mi cara ardiendo.

Corro al baño. Hay una mancha de sangre en mis calzones y mi falda.

Respiro.

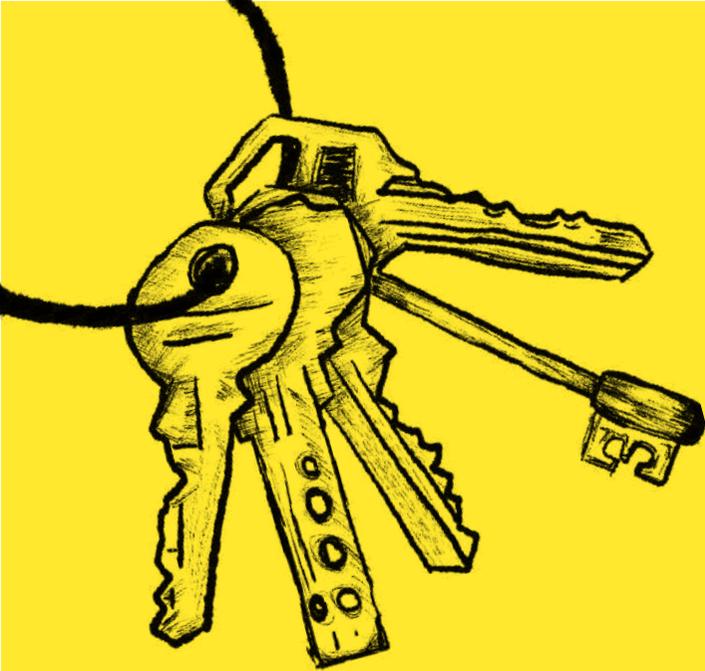
Se adelantó y no vine preparada. Me limpio. Voy a la cooperativa a comprar una toalla, la señora me la entrega envuelta en papel higiénico y por inercia la oculto en mi bolsillo. Amarro mi suéter a la cadera y regreso al salón.

En el descanso me siento al sol a morder un sándwich aplastado. Estoy callada, triste, molesta, avergonzada. El sol calentando mi cuerpo encorvado. El suéter bajo mi falda. La toalla entre mis bragas. No dejo de pensar en cuánto me disgusta ocultar que estoy menstruando.

Yasmín Andrade



Imágenes: Yasmín Andrade



**LLAVES**  
**LA ESCRITURA COMO DEFENSA PERSONAL**  
Marzo 2022

